



“Una Iglesia diversa y desafiante: Mis primeros meses en Concepción”

Sergio Pérez de Arce ssc, arzobispo de Concepción, reflexiona sobre los desafíos, oportunidades y experiencias vividas en su nueva misión pastoral. Desde su perspectiva como hermano de los Sagrados Corazones, comparte su visión de una Iglesia que combina vitalidad y fragilidades, en un contexto de profundas transformaciones sociales y eclesiales.

“Me he encontrado con una Iglesia Viva”

Por Sergio Pérez de Arce ssc

Asumí como arzobispo en Concepción el sábado 7 de julio. Casi dos meses antes, el Nuncio me había comunicado el nombramiento en la Nunciatura. Y desde ese momento, comenzó un tiempo muy intenso: comunicar la noticia en Chillán, cerrar y traspasar procesos pastorales, celebraciones de despedida, comenzar a imaginarse los nuevos desafíos en Concepción, recibir algunas primeras informaciones de la nueva diócesis, etc. Emociones muy hondas, donde ha primado la gratitud a Dios por los casi seis años en Ñuble, aprendiendo a ser pastor de una Iglesia humilde y comprometida en la misión.

La Iglesia que he encontrado en Concepción

Casi sin pausa, comenzamos a caminar en esta Arquidiócesis. Algo conocía, al menos algo más que cuando comencé en Chillán, donde partí de cero. Conocía al menos parte del territorio y tenía una aproximación a la realidad eclesial a partir de la larga presencia de la Congregación en estas tierras, pero evidentemente otra cosa es comenzar a adentrarse en el corazón de la vida diocesana y sus desafíos.

Me he encontrado con una Iglesia viva, donde conviven realidades diversas: rurales, urbanas, escolares, universitarias, etc. Hay zonas con mucha identidad, como la gran urbe que forman Concepción-Chiguayante-San Pedro de la Paz-Hualpén y Talcahuano; la zona minera y pobre de Coronel y Lota; la Provincia de Arauco, con su sello mapuche y gran presencia de iglesias evangélicas; las comunas rurales, con el significativo Santuario de Yumbel; la actividad portuaria, pesquera y turística en Penco y Tomé. Aunque actualmente hay una crisis en parte del sector industrial, esta Región ha sido un polo de desarrollo industrial, pesquero, minero, educativo, etc., donde la Iglesia ha tenido históricamente una activa presencia.

En cifras, la diócesis tiene 1,3 millones de habitantes, 86 presbíteros entre diocesanos y religiosos, 56 diáconos permanentes, más de 100 religiosas, 55 parroquias, más de 30 colegios católicos y una universidad católica. Son números grandes para la realidad chilena.

También son importantes las fragilidades, que compartimos con las demás iglesias que peregrinan en Chile: escasas vocaciones al ministerio, po-





cos sacerdotes en relación a la población que se atiende, varios sacerdotes mayores, envejecimiento de nuestras asambleas, dificultad para llegar al mundo juvenil, dificultades para hacer presente la voz de la Iglesia en la cultura actual. También hemos vivido con fuerza la crisis de los abusos, con varios sacerdotes que han traicionado su ministerio, causando gran daño a nuestros hermanos y a las comunidades. Pero vuelvo a la vitalidad presente en las comunidades, que se expresa en la liturgia, en los jóvenes que se han estado confirmando en estos meses, en los ministerios de muchos hermanos, en el servicio de las religiosas, en una importante obra social, en la vida de los movimientos, en la pastoral y actividades de los colegios, en las misiones de los universitarios, etc. Hay, sin duda, fragilidades y realidades que se van muriendo, pero también mucha vida que suscita el Espíritu y congrega a los hermanos.

La comunión como desafío

En los desafíos, quizás todavía es muy pronto para reconocerlos en toda su hondura. Pero sin duda que la comunión efectiva parece ser más trabajosa que en Chillán. Sin duda que influye la extensión del territorio y la diversidad de realidades, pero también ha habido en los últimos años una cierta falta de empuje, una cierta desafección, en algunos agentes pastorales. Quizás en algunos sacerdotes ha primado más la búsqueda de los proyectos personales que una adhesión a un proyecto pastoral compartido. Creo que parte importante de mi misión como pastor será acercarme a las diversas realidades y personas, y ayudar a estrechar lazos.

En cuanto a planes y proyección pastoral, siempre es importante escuchar y discernir juntos, sobre todo en el plano local. Pero estimo que no es el momento de realizar procesos diocesanos de participación y planificación, porque estamos saliendo poco de los procesos de discernimiento eclesial y sinodal vividos junto a la Iglesia en Chile.

Corresponde, más bien, vivir e implementar lo ya discernido, que está muy bien expresado en las orientaciones pastorales de la Conferencia Episcopal. Por eso, en el tiempo próximo estaremos enfocados en fomentar de manera más decidida la renovación de la catequesis, la cultura del cuidado y el buen trato, y la sinodalidad en nuestro modo de ser Iglesia, además de vivir y celebrar el jubileo 2025. Durante el próximo año, espero estar en todas las Parroquias en una visita pastoral breve, para reunirme con el párroco y los consejos pastoral y económico.

No quiero olvidar el desafío de la pastoral vocacional. Nadie tiene respuestas muy claras respecto de cómo enfrentar este reto, pero nos duele tener el Seminario cerrado. Nos da esperanza una pequeña comunidad de propedéutico que se proyecta para el 2025.

Tampoco quiero olvidar el desafío de estar presente en medio de la sociedad, con una palabra profética y esperanzadora. Pero esto no viene por estrategias o campañas de marketing, sino por la fidelidad con que podamos vivir nuestra misión y nuestro diálogo con la cultura. Aquí las fuerzas parecen pocas, pero la presencia de la universidad, de los colegios y de las mismas comunidades en medio de sus realidades, son un signo iluminador que hay que profundizar.

Como Sagrados Corazones

Evidentemente, yo busco vivir mi ministerio como Sagrados Corazones. Ser SS.CC no es algo que me pueda sacar y poner, sino algo que marca el centro de mi ser y me da una identidad en la Iglesia. Aunque ahora no participe de la vida ordinaria de la comunidad, soy un hermano de la Congregación ejerciendo un ministerio episcopal. Por supuesto que me falta mucho para traducir en mi vida los rasgos SS.CC, pero los valores carismáticos de la Congregación me animan en mi misión. La centra-

lidad de Jesús, la preocupación por la fraternidad, la sencillez en las relaciones y en el ejercicio del ministerio, la solidaridad con los más pobres y la preocupación por la justicia, entre otros aspectos, orientan y espero que se trasluzcan en el modo de vivir mi ministerio. También el amor a la Iglesia, con sus luces y sombras. Por eso el poema de Esteban nos identifica tanto y por eso hice referencia a él en la misa de toma de posesión: "Amo a la Iglesia del laico y del cura, de san Francisco y de santo Tomás, la Iglesia de la noche oscura y la asamblea de larga paciencia (...) Amo a la Iglesia de Jesucristo construida en firme fundamento, en ella quiero vivir hasta el último momento".

Todo esto no es motivo de orgullo o vanidad, como si fuéramos mejores que otros. Nunca lo he vivido así, sino como un regalo que Dios nos ha hecho y que cruza toda nuestra experiencia de fe. No me olvido que profesé como hermano de los Sagrados Corazones de Jesús y de María, en cuyo servicio quiero vivir y morir.

